

cas alas, lleva esculpidos el yugo de buey y el haz de flechas.

¡Escudos españoles de Sicilia! Ellos dicen que tuvimos alguna parte en la idea humana, virgiliana, eterna, clásica y cristiana del Imperio. Todavía se quiso defender con ellos una unidad, una civilización, una cultura, un vuelo de epopeya, pero también una católica y romana pastoral de los Cárpatos a los Andes. Ellos dicen cómo supimos continuar el discurso milenarista de las armas y de las letras; cómo invocamos, hasta donde nos fue posible, en la larga pelea el socorro de las musas; cómo dimos nuestra odisea de ultramar y nuestra Edad de Oro; cómo ensayamos, no sólo oprimir y humillar a los pueblos, según se nos reprocha, sino también establecer una cooperación más elevada, inteligente y generosa que la que existe ahora. Italianos, flamencos, alemanes, franceses eran muchos de nuestros almirantes, de nuestros políticos, de nuestros embajadores, de nuestros prelados, y muchos españoles vivían por el Imperio en obediencia de estos extranjeros. Hicimos un esfuerzo por establecer una Monarquía universal, una unidad rectora del género humano, donde los mejores fueran copartícipes. Quisimos defender una paz en la religión y en la cultura.

Aquí, a la tierra de Sicilia, antes que con el de las columnas del *plus ultra*, vinimos con aquel otro escudo. Trajimos entre un yugo de buey y un haz de flechas los cuarteles de la nacional dinastía. Cantaba sus Geórgicas con el yugo y cantaba su Eneida con el haz. Más que ningún otro blasón, éste se acomodaba, con los signos de un doble trabajo—épico y rústico,—a la sencillez, a la modestia, a la fuerte y templada dignidad de Itaca y de Castilla. Nunca tuvimos otro escudo mejor. Con su haz de flechas y su yugo arcaico, él reafirmaba la Patria "rica de cosechas y de héroes" que Virgilio había soñado. Así volvía en el escudo virgiliano de la Reina Isabel aquel equilibrio entre la pastoral y la epopeya que Virgilio pasa todavía como un sueño dorado por Cervantes.

¿No parecen nacer los escudos así para que las pastorales no mueran? A la tierra de cíclopes y de pastores donde Vulcano acicalaba las armas de Aquiles y donde Minerva enseñaba a los hombres el arte de arar y uncir los bueyes, volvía en signos castellanos y en aragoneses el recuerdo de la lección libertadora. En los trabajos y los días de España, en las mocedades de un Imperio, he aquí los símbolos sin énfasis que bastan al esfuerzo común. Significaron en sus acepciones más altas, más que predominio vanaglorioso, educación perfecta,

hecha de soportar los yugos de las ciencias, las artes y las leyes y de afinarse en punterías, osadías y destrezas exactas de arquero.

Repongamos hoy en el escudo yugo y haz. Si el yugo sin las flechas resulta pesado, las flechas sin el yugo corren peligro de volverse demasiado voladoras. Tornemos, en el bimilenario de Virgilio, más que a una política, a una disciplina, a una conducta, a una educación. Unamos, a la laboriosidad cotidiana, la audacia vigilante y el ojo seguro del sagitario. No dice el yugo sujeción solamente. Dice también instrumento para realizar la fatiga, ayuda,

mansedumbre, coyunda sacramental de amor. No dice el haz únicamente "La unión es la fuerza". Dice también que tiene en ligadura, presta a soltarse, alas de pluma y agujones de acero.

¡Escudo virgiliano! ¡Antiguo, nuevo y augural escudo de España! Haznos volar, agujonear, arar, espolear la yunta y el vuelo, tener una conciencia diaria del surco terrenal y de la invisible, flechera, celeste trayectoria. Entre el yugo del buey y el haz de flechas, tú podrías volverte nuestro cuadrante en espera del mediodía.

R a f a e l S á n c h e z M a z a s

Nueva York

=Envío del autor=

La primera idea es hablar mal de esto; lo dictan unos cuantos empujones, y las tantas veces que se escapa uno de ser incrustado a la tarvia de la avenida.

Un examen de conciencia centra el fiel de la balanza: yo he venido aquí a comprar útiles para el pedazo de tierra que cultivo allá en el trópico; desde luego, les soy deudor, las máquinas en alivio de obreros y animales crean deuda.

¿Entonces? Sencillamente la diferencia de razas, agua y aceite. Aquí la vida de cada individuo tiene un derrotero marcado, el americano sabe siempre a donde va, sabe siempre lo que quiere, y en ese su camino, no habrá de detenerse, por lo que él seguramente llamará pequeñas cosas; aquí no puede existir la cortesía, casi creo que no debe... Somos distintos, he dicho, nuestra vida está en el aire, vivimos más y nos movemos menos. El yanqui apuntó su existencia a las máquinas, y éstas terminaron por hacerlo su esclavo.

Esta gente es buena, sin premeditación, sin cálculo; la honradez existe hasta en la manera de robar: se mata a los cajeros, se llevan el dinero; probablemente el ladrón muere a manos de los guardas que llevan pistolas a flor de uso; la forma es franca, unos muertos y el dinero vuelve a su sepultura de acero.

«El tiempo es dinero», se lee con frecuencia hasta en los anuncios callejeros;

pero, qué vale una vida dedicada a hacer del tiempo dinero?. El tiempo, sí, es verdad que puede ser dinero, pero, toda esa flora hija de la sensibilidad necesita tiempo que bien vale la pena restárselo al montón de la avaricia...

Este Nueva York sin sosiego, esta eterna precipitación, porque siempre detrás de uno le urge seguir al otro. Casi creo, que si un humilde labriego por un momento, imaginase un trozo de Broadway, se le podría considerar fuera del uso de razón.

El americano cumple su deber, es hermoso, pero tal vez sea preferible vivir y cumplir el deber sin ser su esclavo.

Este país es un disolvente de personalidades; nosotros, los que venimos de allá, somos rápidamente digeridos, quedando en una mala imitación de esto. Sin embargo, es duro confesarlo, aquí se es menos extranjero que en Francia; el yanqui no tiene tiempo para ponerse a pensar en eso, y si se trata de ventilar algún asunto, se arregla entre hombres; por aquellas tierras de allende el océano, se ventila entre un hijo del país y un extranjero, que generalmente ya lleva el calificativo de sucio.

Entre la América Latina y esto, habrá eternamente la imposibilidad de revolver el agua con el aceite: volverá cada elemento invariablemente a su lugar, así se haga revolución en el recipiente.

Por mi parte creo que se debe saber agradecer, sin imitar a Fausto en el negocio que hizo con su alma, y decláremoslo: esta es una raza admirable, aquí trabaja la máquina del mundo.

Desde mi ventana, el paisaje me explica lo que es esto: las luces se suceden, una se prende, luego la otra; los hombres como fila de mansos corderos, se precipitan por huecos en la tierra; viajes de topes llenando su diaria recta del deber; muchachas que el trajín de todos los días no marchita y que me hace repetir con el maestro José Juan Tablada:

«mujeres que pasáis por la Quinta Avenida, tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida.»

M a x J i m é n e z

Nueva York.
Abril de 1930.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:		
CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPE
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA